

# Adolescencia y Salud Familiar. Una perspectiva antropológica

Joaquín Guerrero Muñoz  
Área de Antropología Social  
Facultad de Filosofía  
Universidad de Murcia

## Introducción

Con el siguiente análisis me propongo esbozar las líneas maestras de una serie de datos obtenidos a raíz de mi propia experiencia etnográfica en un colectivo murciano de Padres y Madres separados.

De un tiempo a esta parte vengo preocupándome por los nuevos modelos familiares que parecen abrirse camino en un espacio urbano ocupado tradicionalmente por unidades domésticas nucleares: Padre/Madre e Hijos. En concreto me he detenido en el estudio antropológico de las *familias monoparentales*; y para ser más exactos en aquellos grupos familiares que han sufrido, o están sufriendo, un proceso de disgregación motivado por la separación y/o el divorcio de los cónyuges.

Quisiera ahora introducirme en ciertos aspectos que por lo general pasan desapercibidos entre tantos datos demográficos y estadísticos. Al mismo tiempo me atrevo a invitar al lector a que adopte una actitud crítica para así enriquecer esta experiencia comunicativa.

## La disolución del triángulo familiar

Sin ánimo de polemizar una cuestión tan debatida, sí deseo en cambio resaltar la aparente contradicción que alberga el concepto mismo de *familia monoparental*. Si aceptamos que, desde un punto

de vista estructural, la familia nuclear monógama se conforma básicamente a partir de dos ejes fundamentales: por un lado el segmento que define la relación de afinidad entre los cónyuges, y por otro el eje filial que representa la descendencia consanguínea de los esposos; cuando, como sucede en los procesos de separación y divorcio, la pareja se disuelve, no por la ausencia de uno de los cónyuges sino por su desplazamiento, jurídico, social y afectivo hacia un espacio ajeno a la territorialidad física y simbólica de la familia, el grupo doméstico primigenio entra en un estado relacional substancialmente distinto. Se reorganiza su estructura mientras uno de los cónyuges, por lo general el padre, abandona el hogar y el otro —la madre— queda al cuidado de los hijos.

Reconozco que fue tras una charla con la profesora Ana Rivas del departamento de Antropología social de la Universidad Complutense, cuando me percaté de esta singular circunstancia. Si aplicamos en sentido estricto el término *monoparental*, resulta que esta denominación es completamente inadecuada para referirse a las «familias separadas». Si bien es cierto que tras la demanda de separación uno de los cónyuges asume la custodia temporal de los hijos, con todas las restantes implicaciones que ello conlleva, el otro no desaparece del entramado familiar. Su ausencia del hogar no ha inhibido mágicamente las pautas, funciones, expectativas, creencias y valores que sobre la «paternidad», la «maternidad», la «conyugalidad» y el «parentesco» circulaban en el sistema familiar, y que ambos además habían asumido. En todo caso nos estaremos enfrentando a su transformación y cuestionamiento radicales.

Cada uno de nosotros porta un imaginario social, cultural y biográfico que adopta la fórmula de representaciones o esquemas mentales. En ellos se contienen construcciones arquetípicas sobre la realidad en la que nos desenvolvemos. Los roles o papeles sociales son un claro ejemplo de estos anagramas esquemáticos; nos comportamos de acuerdo a las reglas que implícitamente ellos mismos nos sugieren, y que ponemos de relieve en la práctica social cotidiana.

Con esta misma lógica resulta imprescindible definir una fuente estructural que organice todo el sistema familiar, en donde cada uno de sus miembros pueda asumir un *rol* determinado y desempeñar las pautas, funciones y prescripciones para con su grupo nuclear de parentesco. Si estas fórmulas socioculturales, a las que acabo de referirme, son modificadas a tenor de una situación altamente conflictiva que requiere de una solución inmediata, sus axiomas quedarán igualmente sumidos en un terreno incierto, *liminal* y transitorio; la separación conyugal es, por tanto, una traslación o un deslizamiento progresivo hacia un nuevo orden de cosas.

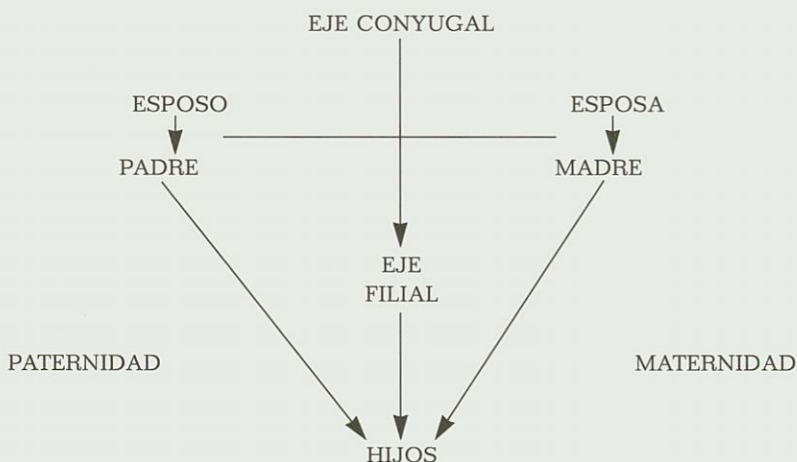
Un primer e inequívoco efecto de este orden innovador serán la recomposición creativa del hogar tras la ruptura, y la desarticulación de unos roles primordiales en el juego y la dinámica familiar:

marido y mujer. De este modo la estructura fundacional de la familia se verá dañada y alterada, al mismo tiempo que todos sus elementos habrán de participar en un proceso reorganizativo.

Por la particularidad de estos fenómenos que acabo de describir, yo me atrevería a distinguir entre familias *uniconyugales*, *exconyugales* y propiamente *monoparentales*. Con el término familia «uniconyugal» podríamos designar todos aquellos grupos domésticos que se han visto afectados por la desaparición de uno de los cónyuges; son las situaciones de viudedad. El segundo concepto aludiría, también por defecto, al eje conyugal de la familia. En este caso la pérdida es la resultante de un proceso de ruptura sentimental y separación definitiva; son las familias «exconyugales». Por último, el calificativo «monoparental» se adecua mejor, desde mi punto de vista, a los núcleos familiares compuestos por uno de los progenitores que hace las veces de padre y/o madre porque en realidad no se ha constituido el eje conyugal, es decir, no ha habido matrimonio, convivencia de hecho entre los padres, o a lo sumo una paternidad-maternidad compartidas.

Esta categorización no pretende ser definitiva, ni mucho menos. Tan sólo he realizado una distinción práctica para evitar meterlo todo en el mismo saco, y a la vez puntualizar que dentro de la tipología «monoparentales» existen estructuras familiares con unos *modus vivendi* que merece la pena analizar detenidamente por separado.

Si representamos gráficamente el modelo de familia nuclear monógama previo a la separación sería más o menos el siguiente:



Bien, tenemos una forma geométrica de triángulo invertido definido por dos ejes: la relación de pareja y la relación de paternidad-maternidad. En el seno de esta familia prototípica, hombre y mujer ocupan un lugar específico en el entramado relacional, y desempeñan unas funciones acordes con sus respectivos papeles como padre, madre, esposo y esposa. Este triángulo de flujos es una mera representación estática. No hace falta decir que la familia, entendida como sistema, está en constante movimiento y cambio <sup>1</sup>. Cada uno de los elementos que lo conforman entabla su propia dinámica individual, y al mismo tiempo grupal, ya que, los individuos enmarcados o inscritos en el ámbito familiar interaccionan y comparten un mismo contexto comunicativo, afectivo y vincular.

En la separación y el divorcio se diluye formalmente la relación conyugal, no existe a efectos de convivencia entre los esposos, bienes gananciales, propiedad, residencia, relaciones sexuales, etc. Los psicólogos han explicado, analógicamente, la ruptura sentimental como un ritual afectivo que se traduce en tres episodios: el *duelo* por la pérdida, la *aceptación* y la *elaboración* del duelo. La asunción de la pérdida metafórica de un ser especialmente significativo se combina, como en otras formas reales de pérdida diferentes a la separación o el divorcio, con el distanciamiento, la negación de la realidad, la añoranza y un intenso deseo de recuperar «lo perdido». El ser humano reacciona como unidad biológica, afectiva y cultural movido por la profunda desazón y la incertidumbre que le provocan una situación en la cual se están cuestionando sus referentes familiares identitarios.

Por otro lado, al haberse constituido sendos patrones vinculados entre todos los miembros del sistema que le confieren cierta estabilidad y continuidad, se ha comprobado empíricamente que los hijos, ya no sólo los progenitores, manifiestan un extenso cuadro de actitudes y comportamientos ante la separación, que se podrían agrupar en tres episodios: 1) la reacción inmediata; 2) reacción de dolor y diálogo interno, y 3) la fase de Resolución <sup>2</sup>. Por supuesto, las características propias de cada etapa variarán en función de la edad, el ambiente familiar existente antes de la ruptura, los estilos educativos de los padres y las actitudes de éstos, el tiempo y los efectos del divorcio.

Pese a que las familias separadas son cada vez más frecuentes, no existen referentes socioculturales apropiados para dar debida cuenta de un acontecimiento tan decisivo en la vida de las per-

1 Cf. M. Beyebach - A. Rodríguez-Morejón, «El ciclo evolutivo familiar: crisis evolutivas», en A. Espina - B. Pumar - M. Garrido (Comps.), *Problemáticas familiares actuales y Terapia Familiar*, Promolibro, Valencia 1995, pp. 55-100.

2 Cf. M. I. Fajardo - L. Vicente Castro, «La depresión infantil en hijos de padres divorciados», en *Anthropologica. Revista de Etnopsicología y Etnopsiquiatría*, n. 20, pp. 103-123.

sonas<sup>3</sup>. Creo sencillamente que tanto la separación como el divorcio no poseen un verdadero ritual que les identifique. En realidad, hasta hace muy poco tiempo, en España la ruptura de la pareja era casi impensable, el matrimonio duraba de por vida, la familia se regía por criterios uniformadores, y su indisolubilidad era una cualidad inherente a su proceso generativo.

### Hogar, residencia y familia

Un aspecto que me interesaría desarrollar en este segundo apartado es la función del *hogar* como referente sociocultural de la convivencia y la unidad familiar. Si nos detenemos a analizar las bases culturales de la cohesión familiar, nos percataremos de que existe, empíricamente, una territorialidad propia, una circunscripción física y comunal afín a la identidad del grupo familiar.

Quisiera ahora matizar ciertos aspectos de un campo semántico tan denso en matices. La palabra «hogar» proviene etimológicamente de un adjetivo latino, «*focaris*», derivado a su vez de «*focus*», fuego. Con este sustantivo indicamos un sitio en la cocina donde se hace lumbre, al mismo tiempo —hogar— se refiere no sólo al lugar de donde emana el calor, sino también a un espacio íntimo y privado ocupado por parientes próximos. El hogar, ha estado y está estrechamente unido a la vida familiar. Es un entorno real, a la vez que simbólico, en el que fluctúan connotaciones semánticas como tranquilidad, calidez, cooperación, entendimiento, confianza, paz, seguridad, etc.; un espacio de eterno retorno repleto de alegorías nostálgicas: «hogar, dulce hogar».

Pero el hogar, en tanto que representación sociocultural primordial, no debemos confundirlo con nuestro domicilio o residencia habitual. Es cierto que la mayoría de las veces se da esta coincidencia: el espacio que habitamos lo tenemos por nuestro hogar. Mas cabría preguntarse, ¿cuáles son en verdad las cualidades representativas y metafóricas que circulan implícitamente el concepto «hogar»?

En primer lugar, se ha de producir una identificación social y afectiva, una simbiosis perfecta del individuo con su medio, y la consecuente sensación de pertenencia, de estar sujeto o anclado a algo. Rodeamos ese entorno con indicativos, señales y símbolos para así diferenciar ese *mundo de afuera*, de nuestro *mundo de adentro* donde reina la privacidad.

Nuestra historia familiar reposa en el hogar. Los hechos, acontecimientos y experiencias de nuestra vida se acumulan en un banco de memoria referida. Es el hábitat cercano donde damos nuestros prime-

<sup>3</sup> Cf. R. Liberman, «Los hijos del divorcio», en S. Lebovici - M. Soulé, *Tratado de Psiquiatría del niño y del adolescente*, Biblioteca Nueva, Madrid 1993.

ros pasos, recibimos las enseñanzas paternas, aprendemos a convivir en comunidad y heredamos ciertos valores y creencias de nuestros mayores. La convivencia, la vivencia con, para y por la familia, se introduce en nuestra personalidad y condiciona nuestro modo particular de ver el mundo. Por supuesto no estoy aquí hablando de un hogar hipotético y ficticio, estoy refiriéndome a una representación cultural muy concreta y fácilmente reconocible en cuanto a sus rasgos y estructura, a la par que el barrio, la escuela o el grupo de iguales.

Como sucede durante la separación y el divorcio, el hogar es entonces reconvertido, el clima reinante se inunda de tensión, desavenencias, culpabilidades, agresiones, etc. Se torna irascible. Quisiera decir que con frecuencia el hogar se ha convertido en algo que se tiene o no se tiene; esto quiere decir que si los individuos han construido un espacio relacional propio, con sus fronteras y demarcaciones, excluirles de él puede ser especialmente duro y dramático. Para muchas personas abandonar su hogar es un trago muy amargo; dejan tras de sí por el momento tres cosas: su relación de pareja, los hijos y el hogar. Quisiera por lo tanto apuntar la siguiente hipótesis de trabajo: muchas reacciones desorbitadas durante el duelo por la separación son el producto, o la consecuencia, de factores psicológicos precipitadores, pero sin entrar en casos extremos, me atrevo a afirmar que la dinámica que explica un buen número de estos comportamientos disruptivos viene regida por un intenso sentimiento de inseguridad que se va prolongando, y se hará cada vez más patente, durante el proceso de elaboración del duelo.

Los hijos serán, a partir de este preciso instante, el foco de atención de padres y madres. Reclamar su custodia puede ser para muchas personas una manera lícita de reivindicar también su inserción en un espacio del que todavía, sin asumir del todo la separación, se siente excluidos injustamente. Lo verdaderamente complicado en esta etapa es sin duda poder desligar la vida conyugal y familiar, de lo que la paternidad y la maternidad representan a partir de la separación.

### **Entre la tribu y el ritual**

Con frecuencia los especialistas y profesionales de la salud definen la pubertad, y de modo más amplio toda la adolescencia, como un período crítico o sensible de nuestra vida. Ángel Aguirre afirma rotundamente que todas las adolescencias son traumáticas y en mayor o menor medida están expuestas a problemas de psicopatología individual y social. Es su carácter de «proceso» y de «tránsito» lo que sin lugar a dudas parece favorecer esa inequívoca y persistente inestabilidad emocional<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> A. Aguirre, *Estudios de Etnopsicología y Etnopsiquiatría*, Marcombo, Barcelona 1994, p. 22.

Es por ello que en este apartado quisiera tratar la magnitud sociocultural que afecta y mediatiza las relaciones interpersonales del adolescente, y su búsqueda controvertida de un lugar en el mundo. El adolescente se encuentra inmerso en cambio madurativo de orden fisiológico, psicológico y social. Al mismo tiempo se reflejan en él los indicios y las señales de una persona en proceso de desarrollo e individuación: rasgos de personalidad, motivaciones, gustos y preferencias distintivas, que se irán perfilando y configurando a largo de esta edad. Seguramente algunas de estas opciones adquieran una temporalidad concreta, tal vez sean respuestas contraculturales pasajeras, más que estructuras de la personalidad consolidadas, un deseo de diferencia, de oponerse y contrastarse desde un marco identitario propio y original.

El adolescente escoge sus amistades, en el instituto, el vecindario, y en función de afinidades, gustos, modas, generación de pertenencia, etc. Se fortalece y enriquece la vida extrafamiliar del individuo. El adolescente endógamo se torna paulatinamente en un joven exógamo que se proyecta hacia el exterior.

No siempre sucede así. En ocasiones las relaciones interpersonales se ven constreñidas por cualidades individuales como la timidez, el retraimiento, la introversión, la carencia de habilidades sociales, la ausencia de liderazgo, etc., que pueden paralizar al adolescente en su casa. La falta de seguridad en sí mismo, el rechazo de su propia figura corporal y una autoestima baja le obstaculizarían también el desarrollo fructífero de relaciones con otros jóvenes de su entorno.

La cuestión es que incluso dentro del ámbito familiar, el adolescente siente la necesidad de limitar sus espacios y controlar lo que sucede dentro de ellos (otra cosa es que lo consiga). Se detecta un fuerte deseo de intimidad y privacidad, con respecto a los padres, y en general al grupo familiar. No es de extrañar que algunos se inunden de aficiones, hobbies, como por ejemplo la música, la informática, el deporte, la televisión, las revistas, los cómics o sencillamente «salir con la peña». Un mundo con sus propios símbolos, valores y significados; un mundo atrayente donde poder recluirse, abstraerse, y decir con contundencia «éste es mi territorio», «aquí mando yo», «de aquí no se pasa».

Probablemente sea esta necesidad de confrontarse a los miembros del grupo familiar, y al resto de la sociedad, lo que le ubica en un marasmo tensional y contradictorio que inunda esa creativa estructura identitaria que es la adolescencia. Por otra parte nuestra sociedad parece haber relegado a un segundo plano determinados rituales y ritos de pasaje reconocibles para el adolescente y su familia. Como han señalado algunos terapeutas sistémicos<sup>5</sup>, los rituales

5 Cf. J. Imber-Black - J. Roberts - R. Whiting (Comps.), *Rituales terapéuticos y Ritos en la familia*, Gedisa, Barcelona 1991, cap. VI.

son principalmente esquemas de acción metafóricos y simbólicos que versan sobre un cambio de estatus; ayudan por ello a reconfigurar la organización familiar, redistribuir tareas, asumir obligaciones y derechos, etc.

Paralelamente, el adolescente se ve envuelto en un proceso de individuación y maduración personal que le desprende psicológica y socialmente del seno familiar para encontrarse tribalizado en su grupo de iguales. Esto precisamente le permitirá consensuar la salida del esquema familiar y deshacer antiguos vínculos parentales ineficaces para desempeñar el futuro rol de adulto. La incertidumbre que le provoca esta sustitución identitaria será mitigada, en buena medida, por su grupo tribal<sup>6</sup>.

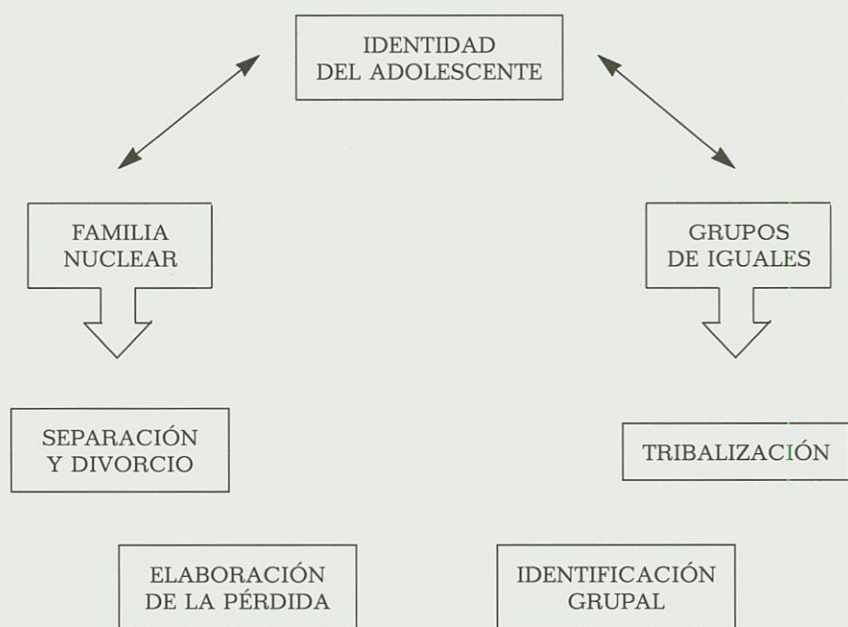
Cuando una pareja de esposos con hijos adolescentes decide separarse, toda el sistema comienza a experimentar los síntomas de ese ritual que antes yo mencionaba. Los resultados de la investigación psicológica son muy clarificadores en este sentido, la estructura y la conflictividad familiar son dos de los principales *factores de riesgo* que facilitan la aparición de trastornos psicopatológicos en niños y adolescentes<sup>7</sup>. El adolescente se verá entonces enfrentado a las normas y demandas de su tribu, tribalizado, y al mismo tiempo que sufrirá el desgaste de la separación parental. Con frecuencia el valor otorgado al grupo de iguales se acrecienta; es ahora una indiscutible fuente de apoyo, conciliación y comprensión, pero desde la igualdad, no desde la autoridad materno-paterna. La «tribu» se transforma en el refugio, en el nuevo hogar.

El grupo de iguales adquiere un papel protagonista adicional. De esta colectividad juvenil emanan atributos, valores, creencias y actitudes que casi con toda seguridad sustituirán a otros que hasta ahora habían ostentado los padres. El adolescente puede sentirse atraído por este reducto evasivo, ante la difícil tarea de sobrellevar las exigencias de su propio ritual afectivo. El grupo de iguales, la «peña», la «panda de amigos», su tribu en definitiva, personifican una vía de escape. No obstante, mientras que esta solución retrase la aceptación madura de la separación, así como la asunción de nuevas funciones y responsabilidades dentro y fuera del ámbito familiar, perjudicará el desarrollo psicosocial del adolescente. Es evidente que la intensificación del proceso tribal en la adolescencia puede amortiguar algunos efectos negativos de la separación, pero si la simbiosis con el grupo alcanza magnitudes radicales, extremas, podemos topar de lleno con un grave problema de inadaptación y conducta antisocial.

6 Cf. VV. AA., «Skins, Punkis, Okupas y otras tribus urbanas españolas», en *Antropologica, Revista de Etnopsicología y Etnopsiquiatría*, n. 19, pp. 27-29.

7 Cf. S. Lemos, «Factores de riesgo y protección en psicopatología en niños y adolescentes», en J. Buendía (Ed.), *Psicopatología en niños y adolescentes*, Pirámide, Madrid 1996, pp. 25-54.





### Antropología, Psicología y salud familiar

El concepto de salud familiar cobra una especial relevancia en nuestra sociedad, sobre todo si pensamos que la Familia, tal y como la conocemos hoy, se encuentra afectada por múltiples e incesantes cambios. No me detendré a repasar las infinitas investigaciones que han puesto tan de manifiesto el valor intrínseco de la familia como institución social elemental para el desarrollo y el equilibrio del individuo; es el vehículo principal en la construcción de nuestra identidad.

La familia «saludable» no tiene mucho que ver con la idea que comúnmente manejamos de *normalidad*, frente a la de *anormalidad* o *patología de grupo*. En realidad, la salud familiar como yo la utilizo aquí, se puede resumir en una disposición o capacidad real del *sistema* para afrontar con eficacia situaciones altamente estresantes. Su mayor o menor grado de flexibilidad y apertura, es un índice que habremos de tener en cuenta a la hora de pronosticar el bienestar de los individuos que componen la familia.

La separación y el divorcio ponen a prueba las posibilidades de transformación y *re-equilibración* del sistema familiar. Como sabemos las separaciones y las rupturas matrimoniales no suceden al margen de la vida, se dan en un espacio y un tiempo paralelo al devenir cotidiano. No es mi trabajo valorar y juzgar este fenómeno social y lo que representa para la institución del matrimonio, ya

sea eclesiástico o civil, pero sí me compete analizar concienzudamente sus claves socioculturales, y de este modo arrojar luz sobre su incidencia en el seno de la familia nuclear.

Pero de nada nos serviría profundizar en las relaciones familiares, si previamente no hemos perfilado las representaciones culturales que asumen todos los protagonistas del escenario social en su actividad diaria. En este sentido la Antropología social se erige como una disciplina que persigue describir, explicar y comprender el comportamiento colectivo desde sus axiomas socioculturales. Es por ello que puede resultar una fuente de conocimientos muy válida para la intervención psicológica dentro del espacio familiar. Tal vez hayan sido los terapeutas sistémicos quienes verdaderamente se han percatado de esta posibilidad, y no han dudado en articular puentes de comunicación entre ambas disciplinas. Es ésta una opción coherente con un espíritu creativo que aboga por superar las limitaciones paradigmáticas e instrumentales en beneficio de un conocimiento multidisciplinar, que active procesos eficaces en la sociedad y revierta en una mejora sustancial de la calidad de vida de los ciudadanos.

Con lo dicho anteriormente no he pretendido defender la fusión de las Ciencias sociales y su intercambio de fluidos vitales. Más bien creo que el estudio del Hombre nos obliga a plantearnos diferentes puntos de vista, en detrimento de una interpretación monolítica de su complejidad.

La *mediación familiar* parece estar creando una alternativa coherente a las separaciones contenciosas o litigantes. Una manera de solventar, a partir del diálogo, la igualdad y la neutralidad del mediador, situaciones conflictivas y a la vez promover la negociación racionalizada entre las partes. La Antropología social tiene mucho que decir en este sentido ya que la Familia —uno de los posibles ámbitos de aplicación— se constituye y conforma sobre una estructura de naturaleza sociocultural. Sus parámetros y coordenadas vienen dadas por elementos culturales como la tradición, el derecho consuetudinario, las creencias religiosas, los valores y las instituciones sociales. No cabe duda que la familia nuclear moderna posee esta misma condición. De ahí que los profesionales que trabajan en esta dirección, psicólogos, abogados y trabajadores sociales principalmente, puedan enriquecerse de las teorías e interpretaciones antropológicas.

Para concluir diré que la ruptura conyugal, y todas sus derivaciones, han de contemplarse dentro de un contexto sociocultural más amplio. Una aproximación a la historia, la estructura y las funciones de la Familia nos resultaría muy útil para lograr una comprensión objetiva de lo que en realidad está sucediendo cuando una pareja decide separarse. Casi con toda seguridad nos sugerirá también las razones que explican la inexistencia de una «*cultura de la mediación*», y nos abrirá el camino para rastrear las características de un procedimiento de intervención social tan ritualizado como la *mediación familiar*.